Creando fronteras

14 de abril de 2020

Hay una clínica del IMSS muy cerca de mi casa, casi al lado de una tienda de abarrotes a la que mi novio llama “el Zorro Veloz” (aunque ya le dije doscientas veces que el nombre original no tiene nada que ver con un animal silvestre corriendo como desquiciado). Recientemente me enteré de que un conocido de la familia trabaja allí. Es médico. Y hace unas horas, le contó a un amigo (el tipo con el que vivo al que a veces llamo “carnal”, “imbécil”, “hermano”) que una persona falleció de Covid-19 en la zona de urgencias.

Sólo a unos metros de mi casa.

Mientras, en las tardes, los niños siguen saliendo a jugar futbol. Las niñas se sientan en las banquetas para hablar de otras niñas o de sus perros o de todas las clases a las que no están yendo. La chica rasta que vive en el edificio de al lado sale con su bebé a comprar verduras. Las personas siguen subiendo y bajando por el callejón de enfrente. Los sábados, la señora de las quesadillas pone su puesto aunque nadie vaya o aunque vayan dos o tres nada más.

Según una página de la Secretaría de Salud, hay treinta y ocho casos de Covid-19 en La Magdalena Contreras (sin contar a los asintomáticos o a los que no pueden o no quieren hacerse la prueba). Uno de ellos murió hoy. Lo sé pese a no conocerlo. Lo que no sé es si sus familiares podrán recoger su cuerpo para velarlo mientras toman café por debajo del tapabocas. Y, lo que ignoro todavía más, es si los niños que juegan y las niñas que hablan y aquellos que vienen y van sienten la misma zozobra que yo.

21 de abril de 2020

Antes de irse a Michoacán a pasar la contingencia con su familia, mi novio me prestó un libro de cuentos chinos en español. Una publicación de la UNAM que recopila a los ganadores de un concurso abierto para estudiantes asiáticos de filología hispánica. Hace un momento terminé de leer uno de los relatos. Es la historia de un niño mexicano (llamado nada más y nada menos que Juanito) cuyos padres viven

como *ilegales* en Estados Unidos. Juanito nació allá, pero lo separaron de su familia por una de esas políticas crueles del vecino del norte. En todo el relato se narra el deseo de Juanito por volver a verlos, y cómo practica saltando muros en la escuela, en la casa, en la calle… para poder hacer su sueño realidad. Después de mucho, cuando por fin intenta saltar *ese* muro (un muro inmenso no sólo en el cuento sino también en la vida real), Juanito tiene una visión: un tal Juárez se le aparece mientras duerme, para decirle que saltar muros no es la solución; la respuesta real se encuentra en otros lados: en los libros, en las reflexiones, en el conocimiento, la tolerancia, la hermandad entre naciones… Todas esas cosas que ya sabemos y que no practicamos.

Aunque la narración es deficiente, en gran parte, por el uso forzado de regionalismos, el cuento me conmovió de una manera especial. Me hizo preguntarme si, en nuestra no-ficción presente, hay intentos realmente fuertes para intentar destruir *el* muro (intentos diplomáticos, de hermandad, etc.). Y, aunque supongo que sí, dudo de su efectividad. Aquí mi argumento principal no es sólo el pesimismo. Es mi corta experiencia con la burocracia, pero, sobre todo, mi manía de despertarme cada mañana para leer las noticias y los comentarios de Facebook: presidentes haciendo tratos de comercio y acusaciones de terrorismo pese a la pandemia; gente común y corriente metiendo, a huevo, un problema de índole humanista y de sentido común en cajas de izquierda o derecha, oposición o militancia. Sin espacio para la reflexión real. Sin ánimos de ver un poco más allá del signo de dinero o de los colores de una bandera nacional. Sin corazón. Sin criterio. Sin empatía. Si el virus, el mentado virus, el chingado virus que me arruinó un viaje a Canadá con mi mejor amiga y unas cuantas semanas más para estar con mi novio… si ese virus está creando más fronteras de las que ya teníamos hasta ahora, ¿qué esperanza nos queda de destruir el mítico muro y poder transitar libres entre “naciones”? ¿Qué fuerza tenemos para cambiar nuestro modo de vida tan egoísta, tan capitalista, tan necio como ese niño más empeñado en saltar un muro que en pensar en otras opciones?

28 de abril de 2020

Una de las cosas que más me desesperan de mí es esa costumbre de quedarme con el primer pensamiento que tengo. Como todo lo que ya escribí arriba. Una parte de mí piensa “claro, tienes toda la razón: la gente es una mierda a pequeña y a gran escala, tanto en sus casas como en los palacios de gobierno, *entre los individuos como entre las naciones*… Y las cosas nunca van a cambiar”. Pero a veces la realidad me hace cambiar de opinión.

Hoy, como siempre (si “siempre” se reduce al tiempo homogéneo de la cuarentena), desperté con una llama de ansiedad en la boca del estómago. También como siempre, le escribí a mi novio para darle los buenos días y decirle que lo extraño. Que necesito tocarlo porque whatsapp ya no es suficiente. Que estoy harta de las reuniones por zoom y de pensar en mis alumnos, en LOS alumnos. En los jóvenes que no pueden tomar clase porque sus padres se quedaron sin dinero. Empeñaron la tele, el celular, el estéreo, porque no tenían para comer. Le dije que otra vez desperté con ganas de llorar. Él me contó que su hermano se escapó de madrugada porque no aguanta el encierro. Que su perro está aburrido. Que hace mucho calor. Que ver a su familia todos los días lo sofoca demasiado, aunque hacer ejercicios de respiración lo ayuda a calmarse.

Me levanté de la cama porque escuché voces afuera. Una vecina contactó a un colectivo para que viniera un día a la semana a vender frutas y verduras a precios sumamente accesibles en la esquina de la calle. La gente pasa con sus bolsas, sus mascarillas, sus guantes, y se detiene para que le den kilos de mango, manzanas y chayotes. Verlo me quitó la ansiedad y me produjo un nudo en la garganta. No sé si de felicidad o de una profunda tristeza. Hay días en los que se me hace fácil pensar en el mundo sin dejar que me atraviese. Recordar que la violencia sistemática es inmensa y viscosa como una telaraña. Tomar aire. Intentar despegarme y despegar a los demás. Pero en otras ocasiones, simplemente no. No funciona. Me acongoja una desigualdad que no es mi culpa y que, sin embargo, me hace sentir avergonzada. Me desesperan las paredes blancas de mi cuarto, la cama donde duermo, el dinero que he ahorrado. Me molesta tenerlo y no poder multiplicarlo y compartirlo allá afuera. Me decepciono de todo. Lloro. Lloro aunque

sé que varias familias van a tener qué comer por lo menos unos cuantos días. Aunque llevan sus mangos, manzanas y chayotes. Aunque le sonríen a mi vecina. Aunque, al menos por este día, la esquina de mi calle se haya convertido en un oasis en medio de la pandemia.